**9 Creer: Mayordomía**

**Rick Brown**

**ChristBridge Fellowship (No Denominacional)**

**Tomball, Texas**

**19 de octubre de 2014**

¿Recuerdas cuando no poseías prácticamente nada? La vida parecía mucho más fácil entonces. Recuerdo cuando todo eso comenzó a cambiar. Yo estaba en la secundaria y mi cine favorito era Parkway Theater. Tenía una única pantalla grande. Una sola película en cartelera. Un puesto para comprar las entradas. Y eso era todo.

El cine Parkway era mi cine favorito porque fue el lugar en el que conseguí mi primer trabajo de verdad. Comencé vendiendo entradas. Una noche, llegó una rubia guapa del instituto. Nunca había estado en el cine y había ido a ver su primera película. «Una entrada, por favor», me dijo. «¡Pero si es la tercera entrada que compras en cinco minutos!», dije yo. «Lo sé», respondió la rubia, «¡pero antes de que pueda entrar por la puerta un patán me las rompe por la mitad!».

En poco tiempo, yo estaba ya haciendo palomitas, sirviendo bebidas y cobrando a la gente sus compras. Deben saber que esto fue antes de que existiera el plástico. Todos pagaban en efectivo. La caja registradora que teníamos era de las de verdad. No era una de esas fáciles de usar que se ven hoy día que tienen fotos de las bebidas y las palomitas, las golosinas y los combos. No señor, teníamos que calcular el precio, añadirle el impuesto, y dar el cambio en una fracción de segundo. La presión era tremenda.

Cuando trabajas en un cine, aprendes muchas cosas que no sabrías si no trabajaras ahí.

* Como que no te pueden dar un vaso extra porque están contados, y así es como sabíamos cuántos habíamos vendido al final de la noche.
* Como lo que hacíamos con las palomitas que sobraban: las echábamos todas en un contenedor grande de plástico, le poníamos la tapa, y al día siguiente lo metíamos de nuevo en la máquina y le añadíamos palomitas recién hechas.
* Y que odiábamos tener que dar cambio en monedas para las máquinas de juguetes, pero lo hacíamos con una sonrisa. Y no comas nachos ni perritos calientes. No preguntes. Simplemente no te los comas.

Poco tiempo después, yo ya estaba ayudando al dueño a cerrar por la noche. Contábamos todo el dinero, lo metíamos en bolsas del banco, y yo lo llevaba al depósito del banco que estaba abierto por la noche y que estaba más abajo en esa misma calle. Era un depósito fuera del banco. Detrás del banco. Donde estaba oscuro, detrás de unos arbustos. El dueño, o confiaba en mí, o me odiaba. No estoy seguro de cuál de las dos.

Pero yo me tomaba el trabajo en serio. Me lo tomaba en serio porque no era mi dinero. No era mi cine. No eran mis palomitas (aparte del reparto nocturno que él hacía con cada uno de nosotros). Era suyo. Él era el dueño. Como mucho, yo era un administrador. Yo simplemente cuidaba de algo que era de otra persona.

Y la vida era mucho más fácil entonces. No tenía que preocuparme tanto. Si había un problema en el cine, el dueño se encargaba de ello. Si no había suficiente venta de entradas, el dueño tenía que diseñar nuevas estrategias de marketing. Si se acababa el material, el dueño lo reabastecía.

¿Recuerdas esos días en los que no poseías prácticamente nada? La vida era más fácil entonces, ¿no es así? Pero entonces te fuiste a la universidad o encontraste un trabajo y tuviste un sueldo y comenzase a comprar cosas. Compraste tu primera ropa. Cuando se gastó, tuviste que comprar más. Tu primer auto. Cuando se rompió tuviste que llevarlo a arreglar. Tu primera casa. Tuviste que reparar la valla y los grifos. La vida se hace complicada cuando nosotros somos los dueños de las cosas.

Una vez Jesús contó una historia acerca de un sirviente que estaba cuidando de algo que no era suyo.

Respondió el Señor:

—¿Dónde se halla un mayordomo fiel y prudente a quien su señor deja encargado de los siervos para repartirles la comida a su debido tiempo? Dichoso el siervo cuyo señor, al regresar, lo encuentra cumpliendo con su deber. Les aseguro que lo pondrá a cargo de todos sus bienes. Pero ¡qué tal si ese siervo se pone a pensar: “Mi señor tarda en volver”, y luego comienza a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y emborracharse! El señor de ese siervo volverá el día en que el siervo menos lo espere y a la hora menos pensada. Entonces lo castigará severamente y le impondrá la condena que reciben los incrédulos. El siervo que conoce la voluntad de su señor, y no se prepara para cumplirla, recibirá muchos golpes. En cambio, el que no la conoce y hace algo que merezca castigo, recibirá pocos golpes. A todo el que se le ha dado mucho, se le exigirá mucho; y al que se le ha confiado mucho, se le pedirá aun más. (Lucas 12.42-48)

Es una historia sencilla. Hay un dueño y un administrador. El dueño ha puesto al administrador sobre todas sus posesiones. Por lo tanto, las posesiones son del dueño y no del administrador. El trabajo del administrador no es poseer. Su trabajo es administrar. La palabra griega para «administrador» es *oikonomos* y significa «el administrador de una casa o de los asuntos de una casa» o «el administrador de una finca o parcela, un supervisor». Algunas traducciones usan la palabra «mayordomo» aquí.

En la Nueva Versión Internacional la usaron. El concepto de «mayordomo» y «mayordomía» viene del inglés antiguo cuando los lores reinaban sobre sus reinos. Ellos tenían su castillo, y alrededor había un área del tamaño de aproximadamente tres países. Él era dueño de todo lo que había en esa zona: todos los edificios, todos los animales y todo el comercio. Su reino era su propia comunidad privada. Piensa en Downtown Abbey, en los Crawley y sus sirvientes, remóntate un par de cientos de años atrás, y te harás una idea.

El castillo era la mejor casa del reino. Pero la siguiente mejor casa era la del mayordomo. El mayordomo no poseía nada. Él simplemente cuidaba de todo lo que el lord poseía. Él lo administraba todo: el comercio, la agricultura y los trabajadores. Pero no poseía nada de eso.

El problema con «mayordomo» y «mayordomía» para nosotros hoy es que lo usamos casi exclusivamente para hablar acerca de dinero y no lo asociamos con el resto de nuestras vidas. Pero Jesús sí lo hizo. El dueño en esta historia es Dios y los administradores son su pueblo. Su pueblo administra más que tan sólo dinero. Administra todo lo que al dueño le pertenece.

Según la historia, hay algunos que sí entienden su papel como administradores. Hacen lo que se supone que deben hacer con los recursos del dueño. Y ellos serán recompensados con más responsabilidad.

Pero hay algunos que, como se han dado cuenta de que el dueño tarda en venir, se olvidan de quién es el dueño. Comienzan a malgastar su tiempo, a tratar mal a otros y a administrar mal los recursos. El resultado para ellos es duro. El conflicto de la historia aflora cuando la gente del dueño piensa que él ya se ha demorado mucho en llegar.

Han pasado dos mil años y Jesús todavía no ha vuelto. Quizá deberíamos escuchar atentamente y evitar el conflicto. Si escuchamos muy atentamente, puede que incluso nuestras vidas se hagan más fáciles. Fíjate en los principios básicos que establece esta historia acerca de la mayordomía.

Primero, **todo es del *Señor.*** «Del Señor es la tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y cuantos lo habitan» (Salmos 24.1). El Señor es el dueño. Eso significa que nosotros no lo somos. Eso significa que, igual que en el cine o en la parábola, no tenemos la carga ni la preocupación que tiene el dueño. Nuestra única preocupación es administrar lo que Él posee de una forma que Él aprobaría.

Segundo, ***todo* es del Señor.** «… cuantos lo habitan». Todo es de Dios. Tendemos a pensar en la mayordomía como algo que involucra tan sólo dinero. Incluso pensamos que tiene que ver con cierta cantidad que destinamos a Dios. Pensamos que una vez que damos esa cantidad, hemos sido «buenos mayordomos».

Pero esa no es la perspectiva de Dios respecto a la mayordomía. «Todo es del Señor». Todo el dinero. Todo el tiempo. Todo el trabajo. Todas las cosas. Toda la gente.

Y eso cambia todo, ¿no es así? En la historia, el dueño regresó y pidió cuentas a los administradores acerca de lo que hicieron con sus cosas. En la historia de nuestra vida, el dueño hará la misma pregunta. Cuando Pablo escribió acerca de que los apóstoles eran «mayordomos de los misterios de Dios», él dijo que «se les exige que demuestren ser dignos de confianza» (1 Corintios 4.2). A continuación deja claro que será el Señor quien le juzgue.

Este principio se aplica a nosotros como mayordomos. Nosotros gastamos recursos cada día. Hagamos un inventario de algunos de los gastos:

* Gastamos dinero que Dios ha provisto. Puede que hayas trabajado para conseguirlo, pero ¿quién te dio la habilidad para hacer lo que haces?
* Gastamos tiempo que Él nos ha dado. ¿Esa última respiración que acabas de hacer? Él te la ha dado.
* Gastamos energía en ocupaciones, tanto triviales como importantes.
* Gastamos nuestra pasión en la gente, tanto dándola como reteniéndola.

Y en medio de la tardanza del dueño, comenzamos a pensar que todo nos pertenece. «Todo es mío», decimos. ¿El resultado?

* Gastamos el dinero como *nosotros queremos gastarlo*.
* Gastamos tiempo en lo que *nosotros queremos gastarlo.*
* Gastamos nuestra energía en lo que *nosotros queremos gastarla.*
* Gastamos nuestra pasión donde *nosotros queremos gastarla.*

Hacemos eso sin siquiera preguntarle al dueño cuál es su voluntad. Ahora bien, algunos conocen la voluntad del dueño y otros no, de acuerdo a la historia de Jesús. Los dos son reprendidos, pero el que conocía su voluntad se lleva la peor parte. La estrategia, por cierto, no es simplemente no enterarse de cuál es la voluntad del Señor. Pablo dice: «Por tanto, no sean insensatos, sino entiendan cuál es la voluntad del Señor» (Efesios 5.17). Si tú estás siguiendo a Jesús, esta historia dice que debemos descubrir cuál es la voluntad del Señor. Su voluntad, como enseña Jesús en esta historia, es que creamos **que todo lo que soy y todo lo que tengo le pertenece a Dios.** Nos haría bien entregar todo lo que tenemos a Dios. Adelante. Rellena el espacio en blanco:

«Yo, \_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_, renuncio a la posesión de todo lo que tengo y se lo entrego a Dios. Es suyo. No es mío. Desde este día y en adelante asumiré el papel de administrador de las cosas que Dios me ha dado».

¿No te sientes mejor? Ahora deberás aprender a ser un buen administrador porque la mayoría de nosotros no hemos sido buenos dueños. Por ejemplo, el perfil promedio en septiembre de 2014 en los Estados Unidos de la deuda de un hogar es este: Deuda promedio de tarjeta de crédito: $15.607; Deuda promedio de hipoteca: $153.500; Deuda promedio de estudiante: $32.656. [[1]](#footnote-1)

¿Cuán diferente sería esto si hubiéramos consultado primero al dueño y simplemente hubiéramos administrado su dinero? Y la mayoría de los americanos gastan el 97% de sus ingresos en sí mismos. [[2]](#footnote-2) ¿Era esa la intención del dueño? Cuando se trata de tu dinero, siéntate y ora por tu salario y pídele a Dios que te muestre cómo quiere que lo manejes. No simplemente la pequeña parte que das como donación. El resto también.

Y tu tiempo. En los primeros momentos de tu día, saca tu agenda y consulta a Aquel que te regaló el día. ¿Qué quiere Él que hagas con él?

Y tu trabajo. Sí, tienes que hacer lo que tu jefe quiere, pero como administrador de los recursos de Dios, deberás consultarle a Él también. Ahora trabajas para el Señor y no para los hombres (Colosenses 3.23).

Y tu cuerpo. ¿Lo estas cuidando? ¿Lo estás administrando como el dueño querría que lo hicieses? «¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios», escribe Pablo (1 Corintios 6.19–20).

Incluso tu iglesia no es tuya. Yo tengo que recordarme esto a mí mismo de vez en cuando. Estoy creando un hábito de sentarme en el centro de adoración antes del fin de semana y decirle a Dios: «Esta no es mi iglesia. Es tuya. Haz con ella lo que quieras. Danos a las personas que necesitamos para hacer tu voluntad. Danos la generosidad con tus recursos para que podamos amar a las personas y ayudarles a amarte a ti. Muéstranos cómo administrar tu iglesia como tú quieres».

Y después me voy a casa. Y la vida es mucho más fácil.

La tuya también puede serlo. Cambia tu mentalidad de dueño a la de administrador. Da de tus recursos para cumplir los propósitos de Dios, y no los tuyos. Gastamos mucho cada día. Y llegará el día en que se gastará nuestra vida. Asegurémonos de que sea gastada en las cosas del Señor.

¿Sabes? No eres el dueño del cine. Simplemente lo administras para el dueño. La vida es más fácil de esa forma. Además, puedes comer palomitas por el camino.

1. http://www.nerdwallet.com/blog/credit-card-data/average-credit-card-debt-household/ [↑](#footnote-ref-1)
2. http://philanthropy.com/article/As-Wealthy-Give-Smaller-Share/149191/ [↑](#footnote-ref-2)